

Conmoción y proceso abierto de una visita al ex Pozo de Quilmes.

Mi experiencia visitando el Ex Pozo de Quilmes comenzó en la calle Garibaldi, caminando desde la estación hasta el sitio de memoria. No frecuento esa zona del centro, por lo cual pregunté a toda persona que se me cruzara si conocían la calle Alison Bell. Nadie acertó a darme indicaciones concretas ni mucho menos a mencionar siquiera lo más destacable del lugar: El ex centro clandestino de detención y tortura. Las personas que transitaban el barrio parecían ignorar lo ocurrido en esa esquina. Se tomaban un segundo en responder, como si intentaran hacer memoria de lo desconocido y pronto acababan por evocar el típico “Uh, me mataste” que poco y nada resolvía mi inquietud.

Finalmente llegué al lugar, un poco por la amalgama orientativa que deduje de la ayuda de los vecinos y otro poco por simplemente no desistir en mi marcha hacia adelante. Me recibieron imágenes ciertamente contradictorias: Lo primero que noté fue el enorme cartel, instalado en el frente del chalet, con tres palabras escritas en líneas verticales blancas: “MEMORIA, VERDAD, JUSTICIA” junto a otro enorme texto que sintetiza la historia del lugar. A priori, dicha historia sería muda de no ser por el cartel, realmente la fachada de la brigada no aparenta ser lo que es, lo que parece un hogar precioso en un barrio pudiente es la máscara de un lugar donde el perverso horror ejecutaba sus disposiciones por fuera de toda ley.

Subí los escalones hacia lo que creía que era la entrada principal y busqué inútilmente un timbre que anunciase mi llegada. Al notar que nadie llegaba para recibirme volví a bajar a la vereda y vi pintado en el suelo los característicos pañuelos blancos de las Abuelas de Plaza de Mayo. En fila, decoraban el piso como estrellas en constelaciones. Siempre me causó una extraña intriga dicha insignia, lo veía como una alegoría fantasmal. No en el sentido paranormal/ficcional, sino más bien como un símil a esa cualidad evanescente típica de los fantasmas. Era como si dentro del redondel del pañuelo se configurase un agujero negro enigmático, que pregunta y repregunta constantemente por aquello que no pudo haberse disipado con tanta facilidad.

Al fin, la fila de pañuelos me mostró la verdadera puerta de entrada. Fui recibido cordialmente antes de formar una ronda con mis compañeros y profesor, donde Viviana Buscaglia sería nuestra guía. Llegué un poco tarde para apreciar la presentación entera, pero logré inmiscuirme en el grupo y escuchar atentamente lo que contaba: El Circuito Camps, la relación del Plan Cóndor y los uruguayos detenidos, la precisión con la que reconstruía cada nombre y cada vivencia. Aquellos conceptos que conocí en libros y noticias que hablaban de cifras, de juntas militares y de procesos jurídicos inacabables eran un bagaje académico digno, pero también un acotado pedazo de imagen con la cual intentar entender un panorama gigantesco. Y eso era lo llamativo para mí, que cada nombre pertenecía a una persona, y cada persona era algo físico que habitó el suelo en el que pisábamos y que ya no estaba. Toda conceptualización se veía devorada por algo más fuerte que cualquier teoría: La realidad de las víctimas y sus relatos. Me preguntaba por las caras de los cuadros, que de vez en cuando Viviana evocaba con alguna anécdota sobre la verdad reconstruida. Y con eso, cada historia se convertía en un fragmento de algo mayor, de algo que acaricié esas paredes con un profundo deseo de no ser borrado, algo que necesitaba ser contado.

Luego de la charla, el grupo se dispuso a conocer el lugar. Subimos unas escaleras altas y grises y avanzamos al primer piso. Entramos por una puerta lateral que, según Viviana,

no figuraba en los planos originales del lugar. El panorama nos recibió con un viento casi gélido, proveniente de las rejas que fungían como techo y conexión con el piso de arriba. En frente nuestro había cinco celdas, que más que celdas eran cubículos donde apenas si entrábamos dos o tres personas. A la derecha, un baño improvisado. Un hoyo en el suelo donde los reclusos arrojaban sus desechos una vez al día. Al lado del “baño” estaba la sexta celda, que me resultó un poco más espaciosa. Solo dos de las seis habitaciones tenían camas y estas eran unas literas de madera que, más que ofrecer comodidad, solo reducían el ya minúsculo espacio. Las luces interiores se encendieron y nos permitieron inspeccionar con más detalle el lugar. Las puertas blindadas de cada sala denotaban su peso con solo verlas. El óxido acumulado en los pasadores era indicador de tiempo, pero también de uso. Las ventanas con barrotes en cada puerta te permitían imaginar lo desesperante del encierro: El control constante sobre tu actividad, mientras el frío descendía de lo alto sin poder evitarlo, pero también el silencio que debía rondar en las noches, una combinación perfecta para crear la indefensión del sujeto cautivo.

Por dentro, cada celda albergaba un relato distinto. Las paredes, con su pintura descascarada, llevaban tatuadas las voces de quienes supieron compartir su encierro. Algunas firmas, poemas, confesiones y pensamientos se immortalizaron con fibrón. Alguna podría haber sido posterior a la época dictatorial, pero eso no reducía su impacto, nos mostraba que en democracia este centro albergó a gente privada de su libertad incluso con los antecedentes que guarda la misma locación. Mientras exploraba, Vivi continuaba relatando las historias de quienes pasaron por el Pozo: El dueto de voces divididas entre pisos que jamás llegaron a conocerse, las estrategias con las que los sobrevivientes identificaban cuando alguien había sido trasladado, los juegos y complicidad que brindaron alivio entre tanto desconcierto. Así ella podría haber estado casi infinitamente, recurriendo al preciso archivo de historias que reside en su mente. Y si bien me resultaba fascinante, mi visión no podía despegarse del interior de las celdas. Mi cuerpo me exigía recorrer y conocer más del lugar, que más que lugar es un testimonio por sí mismo. Testimonio de la vida que circuló detrás del metal de la puerta. Vida que despreciaron aquellos que hicieron de la muerte su política de Estado.

Continuamos la guía bajando por unos escalones que nos dirigían al interior del chalet. A medida que avanzábamos mi mente se perdía en lo laberíntico del lugar. Pasamos por una puerta y el panorama entero cambió: Dejamos atrás el lúgubre y carcelario aspecto del sector de las celdas a la calidez de una casa antigua. Las paredes, antes desgastadas por el tiempo, ahora eran blancas y lisas sin marcas. Subimos una escalera de madera y entramos en un cuarto con vista a la calle. Probablemente con vista a la puerta por la que quise entrar en un primer momento. Nos explicaron que esa sala era utilizada como oficina por la brigada pero que antes fue el living de una familia de extranjeros. Los adornos de madera, los marcos de la puerta prolijamente conservados e incluso la forma en que la luz de la ventana iluminaba el cuarto daban ganas de vivir ahí. El contraste entre el abandono que representaban las celdas y la comodidad cuidadosamente preservada del chalet era algo muy potente. Una muestra de la poca relevancia que dieron a las condiciones de vida de los detenidos.

No nos quedó mucho tiempo para revisar el resto del lugar. Así que retomamos nuestro viaje a través de un pasillo que conectaba la casa con la entrada original. Como si de un portal se tratase, volvimos al punto de partida. Me detuve un momento para acercarme a los cuadros con la cara de los desaparecidos. Intenté imaginarlos viviendo su vida antes de aquel lugar. Sus familias, sus afectos y pasiones. Todo eso se veía recluso dentro de una foto, si es que acaso tenían una. Al irme agradecí el recorrido y salimos justo por donde entramos. El frío seguía siendo potente, pero el sol de la tarde lo amenizaba.

Caminé con mis compañeros hasta la parada del 85, charlando de todo un poco: Nuestras impresiones, lo que más nos impactó... y luego, la conversación se fue diluyendo entre temas más mundanos. No obstante, había algo que enterraba mi ánimo, como si estuviese muy cansado como para hablar normalmente. Los pensamientos tenían densidad en mi mente. Me dividí del grupo al llegar a la universidad, todos teníamos una clase distinta a la que acudir. Compré un café y me senté en un banco de la UNQ para pensar un poco. No me sentía mal, pero fue como sentirse más pesado sin motivo alguno. No era una sensación de dolor explícito ni una calma petrificante, era algo más. Como si, inevitablemente, una parte de mí hubiera quedado allá abajo, sumergida en el Pozo.